

Obediencia, control y producción de sujetos dóciles. Reflexiones sobre la banalidad y la normalidad del mal

Obedience, Control and Docile Subjects Production. Reflections on the Banality and the Normality of Evil

Anabella Di Pego

Resumen: La obediencia como régimen de producción de subjetividad hace que las instancias externas de control sean complementadas con formas porosas en la configuración de sujetos dóciles. Procuramos analizar el vínculo entre obediencia y estas nuevas formas de control mostrando que tal vez el problema más acuciante de la política en la actualidad ya no sea la desobediencia, como temía la filosofía política moderna, sino por el contrario la obediencia ciega. En este sentido, consideramos que la tesis arendtiana de la banalidad del mal detenta vigencia para entender que el control y la obediencia total no requieren necesariamente del terror y de férreas instituciones –cuyo máximo exponente serían los campos de concentración y exterminio. El conformismo y la docilidad operan como mecanismos de control igualmente nocivos que se propagan en las sociedades democráticas. Realizaremos así una relectura de la banalidad del mal tendiente a mostrar que constituye un fenómeno político extendido que trasciende los regímenes totalitarios, penetrando en el mundo contemporáneo desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días.

Palabras clave: obediencia, control, mal, subjetividad, normalización

Abstract: Obedience as a production of subjectivity regime makes the external instances of control supplemented with porous forms in the configuration of docile subjects. We attempt to analyze the relation between obedience and these new forms of control by showing that perhaps the most pressing problem in politics today is no longer disobedience, as modern political philosophy feared, but rather blind obedience. In this sense, we consider that the Arendtian thesis of the banality of evil allows us to understand that total control and obedience do not necessarily require terror and iron institutions –whose maximum exponent would be the concentration and extermination camps. Conformism and docility operate as equally harmful control mechanisms that spread in democratic societies. We will thus carry out a rereading of the banality of evil tending to show that it constitutes a widespread political phenomenon that transcends totalitarian regimes, penetrating the contemporary world from the second half of the 20th century until to our present.

Keywords: Obedience, control, evil, subjectivity, normalization

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, Simona Forti (2014) apropiándose críticamente del legado arendtiano¹ pero refiriéndose a la “normalidad del mal”², ha mostrado su relevancia para pensar el funcionamiento del poder en nuestros días. El carácter devastador del mal en el siglo pasado se ve acompañado por un proceso de desdemonización del mal (Forti, 2014), que ya no remite a agentes demoníacos sino a personas normales sumidas en el conformismo y en la obediencia³. Así, la cuestión del mal –uno de los tópicos más abordados y discutidos del pensamiento de Arendt (Bergen, 1998; Villa, 1999: 39-60; Diner, 2000: 120-135; Bernstein, 2004: 287-314; Neiman, 2010: 305-315; Hartouni, 2012; Kiess, 2016: 51-94; Leibovici y Roviello, 2017)– se presenta relevante no solo de cara a los acontecimientos del siglo pasado sino también muestra su vigencia para comprender el modo de funcionamiento del poder y del control en nuestras sociedades.

Procederemos a mostrar que la tesis de la banalidad del mal remite a procesos sociales de la época moderna que la hicieron posible poniéndola en relación con el libro de Arendt sobre el totalitarismo. En particular nos centraremos en el modo en que opera la obediencia en las figuras del padre de familia y del empleado. En ambos casos, la obediencia no es solo una conducta subjetiva, ni tampoco una mera imposición o elección por convicción, sino más bien requiere ser esclarecida, en su imbricación con los dispositivos de poder, como formas de constitución de la subjetividad⁴ en las que se interiorizan los mecanismos de control.

Asimismo, la banalidad del mal también encontraría asidero en el funcionamiento de las sociedades de masas sustentadas en la “normalización” tal como advierte Arendt en *La condición humana*. El mal entonces aunque paradigmáticamente expresado en el totalitarismo y sus funcionarios, ya no reside en la transgresión sino en la obediencia, expandiéndose como un hongo en las sociedades de la posguerra debido al conformismo y la normalización de los individuos. Por eso, es posible establecer conexiones entre la cuestión del mal en *La condición humana* y su análisis del trabajo [*labor*] y de la primacía de la vida. El tópico del mal radical en este libro y su carácter incastigable e imperdonable ha sido ampliamente estudiado y debatido, pero no ha sucedido lo mismo con el vínculo entre mal, trabajo [*labor*] y conformismo, cuestión a la que nos abocaremos, dilucidando el fenómeno que Simona Forte ha denominado “normalidad del mal”.

¹ En confluencia con el análisis foucaultiano de la biopolítica.

² «Prefiero hablar, más que de ‘banalidad’, de ‘normalidad del mal’, pues creo, de hecho, que el adjetivo ‘banal’ ha sido infeliz, no tanto porque sea ultrajante para la memoria de las víctimas, sino por ser inadecuado para recoger una visión con elementos novedosos, que quiere romper con la filosofía moral precedente» (Forti, 2014: 307).

³ Forti habla de “endemniados mediocres” que se encuentran a la base del “nuevo paradigma” de la “normalidad del mal” (2014: 23).

⁴ Resulta imperioso, advierte Forti, «preguntarse cómo el poder y la subjetividad se constituyen y se refuerzan recíprocamente [...] y por qué se deviene en sujeto obediente» (2014: 24).

1. DE LA BANALIDAD DEL MAL A LA NORMALIDAD DEL MAL

La expresión “banalidad del mal” emerge en la obra arendtiana en relación con el caso Eichmann, sin embargo, es posible inscribirla en un diagnóstico más amplio de la modernidad que remite al ascenso de lo social y a la consagración del *paterfamilias* sustentado en la escisión entre lo público y lo privado, tal como ya se encontraban tematizados en su artículo “Organized Guilt and Universal Responsibility” publicado en 1945 en *Jewish Frontier* (1994: 121-132; 2005: 153-166)⁵. Arendt incorporó una versión ligeramente modificada de este ensayo a *Los orígenes del totalitarismo*, en la segunda sección del capítulo X, titulada: «La alianza temporal entre el populacho [*mob*] y la élite» (1979: 326-340; 1999: 418-422). En este sentido, es posible realizar articulaciones entre el mal radical y la banalidad del mal –Bernstein (2004), Birulés (2008), Serrano de Haro (2008)– poniendo de manifiesto que en su estudio del totalitarismo Arendt ya sostenía que no eran precisos motivos malignos para cometer crímenes atroces. La desdemonización del mal (Forti, 2014) es una de las constantes del enfoque arendtiano y nos remite precisamente a uno de los desafíos que el totalitarismo representa para la comprensión (Birulés, 2006).

Desde mediados de la década del cuarenta, la aproximación arendtiana a los crímenes del nazismo lleva a cabo un desacople entre el fenómeno del mal y las motivaciones malignas de los implicados. Así, nos advierte que para comprender lo que llevó «a las personas a actuar como engranajes en la máquina de asesinato en masa [*to act as cogs in the mass-murder machine*]» (1994: 128), no resulta clarificador remitirse a la “historia alemana” o “al carácter alemán” sino que es preciso examinar el desarrollo de [un] «tipo de hombre moderno [*modern type of man*]» (1994: 130), a saber, el «buen *paterfamilias*» [1994: 128] que es la consumación del triunfo del burgués sobre el ciudadano. En la organización de las SS, Himmler precisamente avizó que el buen padre de familia, preocupado exclusivamente por su vida privada y la protección de su familia, se encontraría dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de preservarlas. La única condición que esgrimía este hombre normal para embarcarse en cualquier empresa criminal era «verse completamente exento de responsabilidad por sus actos» (1994: 129) y esto lo conseguía aduciendo que en el ámbito público no podía más que obedecer. De este modo, no solo se pone de manifiesto que no hacen falta motivos malignos para cometer el mal, sino que al mismo tiempo se requiere una reconsideración del papel de la ideología, puesto que no es necesario convertir en nazis convencidos a todos los partícipes de la maquinaria de asesinato en masa. Eso fue lo que Himmler advirtió y por eso su «organización omniabarcante [...] no descansa en fanáticos ni en asesinos natos ni en sádicos; descansa por entero en la *normalidad* [*normality*] de los empleados [*jobholders*] y hombres de familia [*family men*]» (1994: 129; 2005: 162. La cursiva es del autor).

⁵ Este artículo también fue publicado bajo el título “Organisierte Schuld” en *Die Wandlung* (1, 1945/1946), la revista fundada en Alemania por Karl Jaspers, entre otros. Asimismo, el artículo forma parte del libro *Die Verborgene Tradition. Acht Essays* de 1976 (que retoma la publicación de 1948 de *Sechs Essays* pero incluyendo dos trabajos adicionales) y posteriormente fue incorporado a *Ensayos de comprensión 1930-1954* en el año 1994 bajo el título original “Culpa organizada y responsabilidad universal”.

Tras los crímenes más atroces del siglo pasado no se encuentran demonios malvados sino el hombre normal en el que confluyen el burgués y el hombre masa en dos procesos diferenciados pero complementarios. Por un lado, la escisión entre lo público y lo privado que permite la reclusión y “protección” de lo privado a la vez que la desresponsabilización frente a lo público, posibilitando que el buen padre de familia no se sienta responsable de lo que se ve obligado a hacer en el ámbito público, y por otro lado, el ascenso de las masas con su experiencia radical de la soledad [*loneliness*] y el predominio de la lógica de lo social tendiente a la asimilación y el conformismo. Con las masas, la soledad hasta entonces una «experiencia límite usualmente padecida en ciertas condiciones sociales marginales como la vejez», se vuelve una «experiencia cotidiana» (1979: 478). En el fragor de las masas, el individuo moderno se encuentra completamente solo incluso estando rodeado de otros, sin poder relacionarse ni estrechar lazos, proliferando así el «desarraigo y la superfluidad», es decir, «la experiencia de no pertenecer en absoluto al mundo» (1979: 475). Esta soledad propia de las masas «prepara al hombre para la dominación totalitaria en el mundo no totalitario» (1979: 478), que se caracteriza por arrasar no solo con el espacio público sino también con el ámbito privado. De este modo, se muestra infructuoso el intento del burgués de protección de lo privado, sucumbiendo ante el terror totalitario que radicaliza la soledad y el desarraigo arrasando a su vez con el ámbito privado.

«La magnitud de la catástrofe» (1994: 124) en la Alemania nazi reside en la expansión capilar del mal en la sociedad, develándonos que el padre de familia con sus aires de respetabilidad, su devoción y sus buenos hábitos puede transformarse en «el gran criminal del siglo» (1994: 128). Esto se debe a la «docilidad de este tipo» social (1994: 128) que, bajo condiciones de precariedad económica –inflación, desempleo, miseria– y viéndose amenazada su integridad y la seguridad de su familia, se muestra dispuesto a «sacrificar sus creencias, su honor y su dignidad humana», encontrándose «preparado por completo para hacer literalmente cualquier cosa» (1994: 128). De este modo, Arendt muestra que las circunstancias aproximan al burgués, padre de familia, al hombre-masa⁶, volviéndolo capaz solo de obedecer y reaccionar como sucede en los comportamientos de las masas.

Sin lugar a dudas, en la maquinaria de asesinato en masas, aunque había fanáticos nazis, la participación de los hombres comunes fue decisiva. En la medida en que estos empleados y padres de familia devienen hombres-masas, se encuentran también a la base de la sociedad de masas de la posguerra, por lo que la amenaza que suponen sigue siendo un problema vigente. De esta manera, dos rasgos fundamentales de la banalidad del mal se encuentran presentes en el análisis arendtiano del “hombre normal” en su libro sobre el totalitarismo, a saber, (1) que no

⁶ Hay un desplazamiento o más bien una precisión que Arendt realiza en su libro sobre el totalitarismo respecto del ensayo sobre la culpa de 1945. En este último, Arendt afirmaba que «el hombre del populacho [*mob man*]» era «el resultado final del burgués» precisando además que «lo que llamamos ‘el burgués’ es el moderno hombre-masa» (1994: 130). Sin embargo, en los OT procura distinguir entre el populacho y las masas, advirtiendo que «el hombre-masa al que Himmler organizó [...] presentaba más las características del filisteo que del hombre del populacho [*mob man*] y era el burgués [...] que solo se preocupaba de su seguridad personal» (1979: 338).

hacen faltan motivos malignos para hacer el mal y (ii) que es preciso relativizar el papel de la ideología en el mal, puesto que no es necesario transformar a los hombres en nazis convencidos para que se impliquen en una maquinaria de asesinato en masa. Lo que lo posibilita es un «fenómeno internacional» (1994: 130) que consiste en la consagración del burgués sobre el ciudadano culminando en su transformación en el “hombre-masa”.

Sin embargo, en reiteradas ocasiones Arendt señala que la banalidad del mal emerge específicamente en relación con Eichmann, no constituyendo una “teoría o doctrina” sino remitiendo más bien «a algo absolutamente fáctico, al fenómeno de los actos criminales, cometidos a gran escala, que no podían ser imputados a ninguna particularidad de maldad, patología o convicción ideológica del agente, cuya única nota distintiva personal era quizás una extraordinaria superficialidad» (2003: 159)⁷. Por esta razón, reservaremos la expresión “banalidad del mal” para el caso Eichmann y utilizaremos la fórmula de Simona Forti “normalidad del mal” para hacer referencia al fenómeno del mal vinculado al buen padre de familia y al hombre-masa. Nos fundamos para ello en la utilización por parte de Arendt de la expresión «hombre normal» (1979: 474) y también en las referencias a las «normas» [*rules*] y la tendencia de la sociedad a «normalizar» [*normalize*] a sus miembros (1998: 40). Procuraremos mostrar que existen fuertes puntos de conexión entre la “normalidad del mal” y la “banalidad del mal”, especialmente como puede apreciarse en las palabras precedentes de Arendt respecto de la falta de motivos malvados, patológicos o ideológicos para cometer actos atroces, a la vez que no desconocemos las particularidades de estos fenómenos⁸.

En su estudio sobre el totalitarismo, Arendt advierte sobre «la normalidad [*normality*] promedio de los encargados de llevar a cabo el programa de exterminio de Hitler» (1979: 454, nota 159) y el mismo Himmler había caracterizado a los miembros de la SS como “un nuevo tipo de hombre que bajo ninguna circunstancia» (1979: 322) obraría según su propia iniciativa⁹. Así uno de los pilares de esa normalidad del mal sería una obediencia incondicional que ha aniquilado cualquier posibilidad de actuar de manera imprevista. En consecuencia, este fenómeno también constituye una amenaza de las sociedades de la posguerra, en la medida en que sigue imperando el hombre-masa y promueven la “normalización” social a través de las conductas estereotipadas.

En *La condición humana*, Arendt analiza el «eclipse del mundo público común» vinculándolo con la conformación del «hombre-masa solitario» (1998: 257), pero si en su estudio sobre el totalitarismo ponía su atención en los procesos sociales —el ascenso del burgués sobre el ciudadano—, ahora se concentrará en el papel de las normas en la producción de los sujetos obedientes. Veamos las palabras de la propia Arendt respecto del “conformismo inherente a toda sociedad” (1998: 39):

⁷ En el artículo “Thinking and Moral Considerations” (2003: 159-190), publicado en 1971 en *Social Research*, 38, 3.

⁸ La cuestión de la obediencia desempeña un papel importante tanto en el caso del padre de familia y del hombre masa como en Eichmann. Sin embargo, mientras que la primera es una obediencia ciega, en el segundo caso nos encontramos frente a una obediencia razonada aunque igualmente incondicional.

⁹ Arendt cita las palabras de Himmler «a thing for its own sake» traducidas al castellano como “hará una cosa por su propio interés” (1999: 404) pero nos parece más apropiado consignar “propia iniciativa”.

«Resulta decisivo que la sociedad, en todos sus niveles, excluya la posibilidad de acción [...] En su lugar, se espera de cada uno de sus miembros una cierta clase de conducta [*behavior*], imponiendo innumerables y diversas normas [*rules*], todas las cuales tienden a ‘normalizar’ [*normalize*] a sus miembros, a hacerlos comportarse [*behave*] excluyendo toda acción espontánea o logro sobresaliente». (1998: 40)¹⁰

Obsérvese en la cita precedente la estrecha conexión entre la imposición de normas y la conducta –el término utilizado es “behavior”–, diferenciada e incluso opuesta a la acción. Cuando se sigue una norma la conducta procede de la manera esperada, no hay espontaneidad, no hay nada inesperado sino solo la prosecución de la norma establecida. Normalizar a los individuos quiere decir para Arendt excluir la posibilidad de actuar, de tomar la iniciativa, y en su lugar reemplazar la acción por «una conducta uniforme» (1998: 43). El conformismo y la normalización son fenómenos propios de la época moderna¹¹ vinculados con «el ascenso de lo social»¹², es decir, con el predominio de la esfera de lo social, híbrida entre lo público y lo privado, regida por las conductas y abocada a la reproducción de la vida. Así, es interesante destacar que el conformismo no se sustenta en absoluto en la concepción antigua de la igualdad, basada en la isonomía, en tanto esta supone el reconocimiento de la igualdad ante la ley, es decir, una igualdad entre pares o ciudadanos para participar en el espacio público de la polis regido por un «espíritu agonial» en donde «todos procuraban constante distinguirse de los otros» (1998: 41), mostrando su singularidad a través de actos únicos y logros memorables. En cambio, el conformismo moderno supone una noción de igualdad entendida como indistinción y de ahí que excluya la acción, y en su lugar promueva la conducta uniforme y el imperio de las normas¹³.

La época moderna se caracteriza por la producción de “seres sociales” que «siguen unánimemente [...] ciertos patrones de conducta, de tal modo que quienes no observan las normas podían ser considerados como asociales o anormales» (1998: 42)¹⁴. La normalización configura un ordenamiento social y político en donde impera la uniformidad, obturándose cualquier intento de distinción y de manifestación de la diversidad siendo excluidas como anormalidad, de manera patológica. En este proceso, Arendt advierte el papel relevante que tuvo la economía y su «principal herramienta técnica», la estadística, para ofrecer un «tratamiento matemático de la realidad» (1998: 43), permitiendo explicar la conducta de los individuos en término de tendencias y fenómenos sociales. Este mismo camino abierto

¹⁰ Obsérvese que la versión castellana traduce «to make them behave» como “hacerlos actuar” (2001: 51), pasando por alto que Arendt utiliza el verbo “behave” como “conducta” o “comportamiento” opuesto a la acción espontánea.

¹¹ «El fenómeno del conformismo es característico de la última etapa de este desarrollo moderno» (1998: 40).

¹² “The Rise of the Social” se titula el apartado 6 del segundo capítulo del libro dedicado a la distinción entre el espacio público y el ámbito privado (1998: 38-49).

¹³ En «el conformismo inherente a la sociedad [...] la conducta [*behavior*] ha reemplazado a la acción [*action*] como el principal modo de relación humana» (1998: 41).

¹⁴ Esta caracterización del otro como anormal o asocial por no adecuarse a la norma, se encontraría también a la base de la crítica de Arendt a las políticas de asimilación a partir del siglo XVIII y su incidencia en el surgimiento del antisemitismo moderno. Asimismo, resultaría productivo esclarecer la crítica de Arendt a la igualdad como no-distinción en relación con la asimilación y el conformismo imperante desde el siglo pasado.

por la economía, ha sido el transitado por las “ciencias sociales” entendidas como «ciencias del comportamiento» [*«behavioral sciences»*] orientadas a reducir al hombre como un todo, en sus diversas actividades, al nivel de un animal de conducta condicionada» (1998: 45).

Hay una figura clave en el proceso de normalización que ya hemos analizado en relación con la organización de Himmler en el régimen nazi, se trata de los empleados [*jobholders*]. En la época moderna el repliegue del espacio público y la erosión de los lazos sociales se aprecia en la primacía del trabajo [*labor*]¹⁵ abocado exclusivamente a la reproducción de la vida. El trabajo se ha vuelto la actividad más valorada desplazando a la obra [*work*] y a la acción [*action*]. Encontrarse sin trabajo se vuelve así una de las peores penurias, quedándose excluido de todo, incluso de la misma sociedad que se ha tornado una «sociedad de trabajadores» [*society of laborers*]¹⁶. Por eso, Arendt destaca el papel del desempleo y de las condiciones adversas de vida en el ascenso del fascismo, puesto que acentúan la docilidad del hombre normal, volviéndolo «el instrumento de cualquier locura y horror» (1994: 129)¹⁷. Al respecto Arendt recoge un testimonio de un sobreviviente de Buchenwald que reconoce entre los miembros de las SS a un ex compañero de colegio, quien ante su mirada, espontáneamente se apresura a señalar: «Tienes que comprenderlo, llevaba cinco años de desempleo. Pueden hacer conmigo cualquier cosa que quieran» (1994: 129)¹⁸.

En las sociedades de masas de la posguerra, la primacía del trabajo [*labor*] se aprecia en su capacidad de configurar y consolidar un sujeto maleable y obediente, encarnado en la figura del «empleado» [*jobholder*] que se adecua a las exigencias de la «sociedad de trabajadores» (1998: 46). El ascenso de la esfera social con su conformismo propio abona al primado de la obediencia, pero no se trata de la obediencia como opción o elección del individuo, puesto que el sistema productivo y las instituciones sociales y políticas, son productoras de subjetividades dóciles. Así, el análisis arendtiano del hombre masa y del “empleado”, sacan el foco de la voluntad del individuo para mostrar los procesos sociales y políticos que los constitu-

¹⁵ Traducimos el inglés *labor* como trabajo puesto que consideramos que el término “labor” a pesar de su literalidad con el inglés no resulta apropiado. Esto se debe a que *labor* en inglés y *Arbeit* en alemán son los términos utilizados desde los primeros economistas clásicos hasta la actualidad para lo que en nuestro idioma se ha traducido como trabajo. En este sentido, la palabra “labor” en castellano no la asociamos en absoluto con los desarrollos de la tradición económica sobre el trabajo y este es precisamente el contexto de discusión del capítulo tercero del libro *The Human Condition*. Por otra parte, tampoco es adecuado traducir “work” por trabajo, porque se pierde la connotación en inglés de esta actividad que implica el proceso de producción de una obra. Asimismo, en alemán el participio del verbo “herstellen” se utiliza para decir que algo está producido en Alemania. Seguimos así el criterio que predomina en las traducciones del libro de Arendt al francés –*travail* y *œuvre*–, al portugués –*trabalho* y *obra*– (en la traducción de Roberto Raposo recientemente revisada por Adriano Correia)– y al italiano –*lavoro* y *opera*–.

¹⁶ Esta expresión es central en el análisis de la vida activa encontrándose diversas referencias a lo largo de su obra a la «sociedad de trabajadores» (1998: 5, 31, 46, 118, 126, 144, 152, 154).

¹⁷ En este contexto, Arendt recupera también las palabras finales de la *Ópera de los tres centavos* de Bertolt Brecht (1994: 129) y también en su libro sobre el totalitarismo lo menciona en relación con quienes captaron cómo la profunda insatisfacción y la crisis de los años veinte ponían en cuestión los estándares morales burgueses (1979: 328).

¹⁸ En su libro sobre el totalitarismo, no recupera este testimonio, pero en su lugar cita una frase de una canción de la *Ópera de los tres centavo*, recibida con gran júbilo por parte del público: «Primero viene la comida, luego la moral», advirtiendo que “expresa la banalidad en la cual se vivía» (1979: 335).

yen¹⁹. Se trata de un modo de organización de la vida por parte de la sociedad y de la política –tornándose biopolítica²⁰–, en donde prima el trabajo [*labor*] necesario para la reproducción de la vida.

Tal vez la indicación más clara de que la sociedad constituye la organización pública del proceso mismo de la vida puede apreciarse en el hecho de que en un tiempo relativamente corto la nueva esfera social transformó todas las comunidades modernas en sociedades de trabajadores y empleados [*jobholders*], en otras palabras, en sociedades centradas en la única actividad necesaria para sostener la vida. (Arendt, 1998: 46).

CONSIDERACIONES FINALES

La normalización como forma de producción de subjetividad en el mundo contemporáneo es una de las aristas nodales de las nuevas modalidades del mal y de los peligros de nuestra época. La normalidad del mal da cuenta de una nueva conceptualización del mal que ya no se mueve entre la polarización tradicional del bien y del mal demoníaco, y donde la pregunta de por qué se deviene sujeto malvado es desplazada por la cuestión de «por qué se deviene sujeto obediente» (Forti, 2014: 24). La respuesta arendtiana la encontramos en los procesos sociales y políticos que dan origen al hombre-masa, al padre de familia y al empleado, todos ellos sustentados en la indistinción, la obediencia y el conformismo. Los mecanismos de poder y dominación han penetrado hasta las entrañas configurando estas modalidades de subjetividades dóciles. La férrea dominación totalitaria encuentra cierta continuidad en los mecanismos velados y lábiles de producción de sujetos obedientes en las sociedades de masas. Tradicionalmente el mal ha sido concebido como desobediencia o transgresión de la norma, pero el análisis arendtiano nos permite apreciar que los peligros contemporáneos residen en la obediencia incondicional, como fenómeno a la base del terror fundamentalista y del apoyo y la complicidad con regímenes dictatoriales, pero también en el derrotero de nuestras democracias.

Así, procedimos a partir de la banalidad del mal en complementariedad con el análisis arendtiano del hombre normal en los regímenes totalitarios y del conformismo de la sociedad de masas, para esclarecer el problema contemporáneo de la normalidad del mal. Este fenómeno se caracteriza por una nueva gramática del mal: (i) desvinculada de los motivos malignos o del interés propio, (ii) sustentada en la normalidad del buen padre de familia y del empleado, (iii) vinculada con la obediencia incondicional y ya no con la transgresión de la norma, (iv) arraigada en procesos sociales de la época moderna, a saber, el desplazamiento del ciudadano por el burgués, el ascenso de lo social y el imperio del conformismo, (v) inscrita a la base del funcionamiento de la política contemporánea, ya sea en los regímenes totalitarios, en las dictaduras o en las democracias con manifestaciones diversas que

¹⁹ En este sentido es posible poner de manifiesto ciertas limitaciones de la denominada “servidumbre voluntaria”. No se trata de individuos que voluntariamente se someten al poder establecido, sino más bien, el poder establecido a través de sus redes sociales configura subjetividades dóciles y obedientes.

²⁰ Respecto de esta posible lectura biopolítica de *La condición humana*, remitimos al célebre libro de Agamben (2003: 12) y también a otros estudios más recientes (Vatter, 2008: 155-177; Duarte, 2010: 304-335).

oscilan desde modalidades férreas hasta lábiles y porosas que configuran sujetos dóciles y obedientes.

El ascenso de lo social es uno de los factores que hicieron posible el totalitarismo, encontrándose también a la base de la sociedad de masas. Por eso, el comportamiento estereotipado y la normalización constituyen piezas claves en la producción de sujetos obedientes tanto en el marco de las formas de dominación totalitarias como en el seno de las democracias de la posguerra. Así, la mayor amenaza de nuestro tiempo no es la desobediencia como temía la filosofía política moderna —constatándose la efectividad de los mecanismos sociales y políticos para hacer obedientes a los sujetos—, sino por el contrario la obediencia incondicional a los poderes establecidos. Frente a la tradición política dominante de corte liberal, Arendt operaría una suerte de inversión denunciando que es el imperio de la obediencia y no de la desobediencia lo que conduce al eclipse de la política. De ahí su persistente interés por las revoluciones y su elogio de la «desobediencia civil» (1972: 49-102). De esta manera, la tarea política ante la normalidad del mal podría consistir en una reformulación de la célebre frase de Kant que la subvierte en sus propios términos y que rezaría: Razonad cuanto queráis y cuanto gustéis, pero sobre todo antes de obedecer²¹.

Estas reflexiones sobre el control han cobrado especial relevancia en el contexto de pandemia que nos encontramos atravesando. Por un lado, si podía guardarse alguna ilusión respecto de la disipación del control, como hemos tenido ocasión de poner de manifiesto, esto se debía más bien al proceso de incorporación del control en la dimensión de la constitución de la subjetividad. De manera que el control se difumina capilarmente volviéndose un fenómeno más renuente a su delimitación y su eventual desmantelamiento. Por otro lado, la respuesta de las democracias occidentales frente a la pandemia ha sido reforzar y redoblar los mecanismos de control de la población a la vez que proceder al cierre de las fronteras y a la restricción de la movilidad. Como consecuencia la política ha quedado completamente al desnudo en su imbricación con la policía. El manifiesto aumento de la violencia policial y del control estatal durante la pandemia asimismo se ha visto acompañado de un incremento de la violencia de género que evidencia la persistencia del paterfamilias como instancia de control y de dominio social. La llamada nueva normalidad parece reafirmar la continuidad y profundización de estos mecanismos de control en un horizonte indefinido. La desobediencia, la movilización, la denuncia se muestran así como pequeños pero efectivos antídotos para evitar la perpetuación desmedida del control. La consolidación de las sociedades de control contemporáneas potenciadas por la tecnología digital no puede evitar a su vez el despliegue de nuevas formas de desobediencia y movilización que impiden la clausura y reproducción del creciente control.

²¹ “Razonad cuanto queráis y sobre todo cuanto gustéis, ¡con tal de que obedezcáis!” en su “Contestación a la pregunta: ¿Qué es la ilustración?” (Kant, 2010: 9).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (2003). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Trad. de A. Gimeno Cuspinera. Barcelona: Pre-textos.
- Arendt, H. (1965). *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil*. New York: The Viking Press [1963].
- Arendt, H. (1972). *Crises of the Republic*. New York: Harvest Book.
- . (1979). *The Origins of Totalitarianism*. New York: Harvest Book [1951].
- . (1994). *Essays in Understanding 1930-1950. Formation, Exile, and Totalitarianism*. Jerome Kohn (ed.). New York: Schocken Books.
- . (1998). *The Human Condition*. Chicago: The University of Chicago Press [1958].
- . (1999). *Los orígenes del totalitarismo*. Trad. de G. Solana. Madrid: Taurus.
- . (2000). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Trad. de C. Ribalta. Barcelona: Lumen.
- . (2001). *La condición humana*. Trad. de R. Gil Novales. Buenos Aires: Paidós.
- . (2005). *Ensayos de comprensión 1930-1954*. J. Kohn (ed.). Trad. de A. Serrano de Haro. Madrid: Caparrós [1994].
- Bergen, B. J. (1998). *The Banality of Evil: Hannah Arendt and "The Final Solution"*. New York: Rowman & Littlefield.
- Bernstein, R. (2004). *El mal radical. Una indagación filosófica*. Trad. de M. G. Burello. Buenos Aires: Lilmod.
- Birulés, F. (2006). El totalitarismo, una realidad que desafía la comprensión. En M. Cruz (comp.), *El siglo de Hannah Arendt* (pp. 37-61). Barcelona: Paidós.
- . (2008). Notas sobre el mal como supresión de la pluralidad. En AA.VV., *Hannah Arendt. El legado de una mirada* (pp. 168-182). Madrid: Sequitur.
- Diner, D. (2000). Hannah Arendt Reconsidered: Über das Banale und das Böse in ihrer Holocaust-Erzählung, en G. Smith (ed.), *Hannah Arendt Revisited: "Eichmann in Jerusalem" und die Folgen* (pp. 120-135). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Duarte, A. (2010). Hannah Arendt e a biopolítica: um diálogo con Foucault e Agamben, en *Vidas em risco. Crítica do presente em Heidegger, Arendt e Foucault* (pp. 304-355). Santos: GEN.
- Forti, S. (2014). *Los nuevos demonios. Repensar hoy el mal y el poder*. Trad. de A. Díaz Gallinal. Madrid: Edhasa.
- Hartouni, V. (2012). *Visualizing Atrocity: Arendt, Evil, and the Optics of Thoughtlessness*. New York: New York University Press.
- Kant, I. (2010). *Obras Kant II*. Trad. de M. García Morente y R. Aramayo. Madrid: Gredos
- Kiess, J. (2016). The Problem of Evil Reconsidered, en *Hannah Arendt and Theology* (pp. 51-94). New York: Bloomsbury.
- Leibovici, M. y Roviello, A. M. (2017). *Le pervertissement totalitaire. La banalité du mal selon Hannah Arendt*. Paris: Kimé.

- Neiman, S. (2010). Banality Reconsidered, en S. Benhabib (ed.), *Politics in Dark Times. Encounters with Hannah Arendt* (pp. 305-315). Cambridge: Cambridge University Press.
- Serrano de Haro, A. (2008). Variaciones formales en torno a la banalidad del mal, en AA.VV., *Hannah Arendt. El legado de una mirada* (pp. 153-167). Madrid: Sequitur.
- Vatter, M. (2008). Natalidad y biopolítica en Arendt, en M. Vatter y H. Nitschak (eds.), *Hannah Arendt: sobrevivir al/del totalitarismo* (pp. 155-177). Santiago de Chile: Lom.
- Villa, D. R. (1999): Conscience, the Banality of Evil, and the Idea of a Representative Perpetrator, en *Politics, Philosophy, Terror. Essays on the Thought of Hannah Arendt* (pp. 39-60). Princeton: Princeton University Press.